

Más oscuro que el negro.

Airín



Capítulo 1

La soledad me espera.

Me desperté y lo primero que pensé fue: la he perdido.

Cuando sé que algo va a ocurrir pero nadie me hace caso me frustro bastante, o muchísimo, pero solo me queda la resignación porque hay personas que cuando se empeñan en algo no hay quien les quite la idea de la cabeza. Aunque eso no puedo reprochárselo a nadie, porque a mi también me ha ocurrido.

Pocas veces me he equivocado cuando me adelantaba a los acontecimientos, y luego venía la típica frase "te lo dije". Pensé mucho en que por una vez podría equivocarme y realmente lo estaba deseando. Pero la realidad era aplastante y me dio en toda la cara. Mi problema era este: había encontrado a una buena amiga, creía conectar con ella de forma especial, pero a veces las personas te dejan de lado por otras que llegan. No importa si fue porque encontró el amor, o si temía enfrentarse a mi, no pudiendo hablar del tema conmigo ni una vez, de por qué empezó a ignorarme y a dejar de hablarme, no me volvió a hablar. Ni siquiera sucedió un conflicto, ni me dijo un *"no quiero volver a verte"* *"ya no me importas"* *"asúmelo, he encontrado a alguien mejor y no te necesito como amiga"*.

La verdad era que esas frases circulaban por mi mente una y otra vez al no saber realmente qué pensaba ella de mí, pero tras días, semanas y meses fui aceptando que ella no volvería a hablarme, no iba a pedirme perdón como yo deseaba por mentirme, ignorarme y olvidarme. Y yo no pensaba obligar a nadie a permanecer en mi vida, si realmente ella era feliz sin mi amistad, así sería. Eso no significa que no me doliese, y que aún me duela no poder abrazarla, hablar con ella y considerarla de mis mejores y pocas amigas.

Al principio sentía mucha ira y odio, porque ella y su nueva vida nos mentían, a mi y a mis amigos, nos decían que nada nos separaría, pero acabaron separándose por sus propias voluntades. Hubiese sido más fácil ser honesto, porque odio las mentiras y que me oculten cosas, me ha gustado siempre que me dijese lo que piensan pero es más fácil esconderse detrás, como si nada te importase, y dejar que la tormenta amaine, puede que así no sufras, pero estoy segura que en el interior de las personas que hacen eso, hay dolor. Yo era así, pero maduré en ese aspecto, simplemente evito meterme en problemas innecesarios, hubiese sido más fácil no avisar de lo que podría pasar, no decir nada, hubiera pasado lo mismo, me hubiese dejado de lado, pero no tendría mentiras

para las preguntas que le hacíamos ni promesas rotas.

Aún siento rencor, porque aún existe amor.

Me levanté de la cama, me enjuagué las lágrimas y caminé hasta el baño, me aclaré el rostro mientras observaba en el espejo mis ojos azules intentando ver más allá de ellos, pero sin éxito, cepillé mi pelo negro y salí para vestirme. Me puse los primeros vaqueros que encontré y una sudadera. Bajé a la cocina a desayunar y encontré a mi padre preparando tortitas con dulce de leche, mi desayuno favorito. Mi padre me puso un café delante y me sonrió.

-Buenos días cariño, ¿Cómo te encuentras hoy?

-Bien papá, gracias por el desayuno, me encanta.- Dije mientras me metía en la boca un buen trozo de tortitas amontonadas.

-Hoy es el último día de clase, ánimo. ¿Cuándo te dan las notas?-preguntó mi padre mientras limpiaba la cocina.

-Mañana, y hoy tengo que llevar el último proyecto que me queda.- me levanté y lavé mi plato.- nos vemos por la noche, papá- le di un beso en la mejilla.

-Serás una estupenda bióloga.-me dijo adiós con la mano y yo salí por la puerta.

Mi padre y yo vivíamos en una ciudad, Liamville, un poco más pequeña que la de los alrededores. Él trabajaba en la comisaría de policía, y era el capitán. Siempre me contaba casos interesantes dándole emoción al asunto como si fuera una historia que contar a su pequeña. Este era mi último año en la universidad, y luego tenía que elegir una especialidad, que aún no lo tenía muy claro, pero después de lo que pasó aquel día en aquel mes de junio, daba igual.

Cuando llegué a las ocho de la tarde a casa, no encontré a mi padre allí. Esperé hasta las diez, la cena que había preparado para él ya estaba fría, y sin poder moverme de un lado a otro decidí marcar su número. No contestaba.

Entonces alguien llamó a la puerta. Era un compañero de mi padre en la comisaría.

-Airín, ha habido complicaciones, tu padre está en estado crítico por una herida de bala cerca del hígado. Fue un hombre acusado de acoso y violación, le encontramos en su escondite y al intentar escapar...- el hombre me miraba con los ojos llorosos, intentando contener las lágrimas, y posó una mano en mi hombro- tienes que venir conmigo al hospital, si

nos deja tienes que estar a su lado, eres lo único que permanece en su vida, *y te necesita.*

Con los ojos demasiado abiertos y la boca entreabierta asentí como pude y me apresuré a coger mi bolso, cerré la casa de un portazo y corrimos hacia el hospital. Mi pecho estaba hundiéndose, algo me aplastaba el corazón, la garganta estaba llena de gritos agónicos, sollozos y dolor. Mi cuerpo no aguantaba el contener de mis lágrimas y se resbalaron por mis mejillas mojándome las manos, que las sostenía en el aire, sin mirarlas realmente, aunque mis ojos estaban clavados en ellas.

No podía perderle, ahora no.

Capítulo 2

Soy una vengadora.

Mi padre estaba a punto de entrar en quirófano, perseguí a los doctores que llevaban su camilla y mi estómago estaba revolviéndose al verle con la cara descompuesta, sangrando y llamándome:

-Airín... Airín... lo siento, no he llegado a tiempo- dijo jadeando.

Le cogí la mano y le besé en la frente

-No te preocupes papá, estoy aquí contigo, no te abandonaré, quédate conmigo por favor.- mis lágrimas mojaron las mejillas de mi padre y se unieron con las suyas.

Me quedé pasmada tras la puerta de quirófano cuando le vi desaparecer. Alex, el compañero de mi padre, me cogió por el brazo y me llevó a una silla.

-Relájate, aún no sabemos qué va a pasar, Steff es fuerte.-dijo él ofreciéndome un vaso de café de la máquina del hospital.

-¿Dónde está ese capullo?- dije con la mirada dura.

-Cuando disparó a tu padre se nos escapó. Hemos mandado varias patrullas en su busca.- bajó la cabeza, indignado.

-¿Quién es?- le di un sorbo a mi café mientras por mi mente pasaban infinidad de horrores.

-Se llama Anthony Newman, es un hacker de tres al cuarto que no tiene nada mejor que hacer que maltratar a su novia. Recibimos una denuncia anónima y fuimos hasta su casa para arrestarle, entonces huyó.

-Anthony... maldito bastardo.- su nombre me era familiar, aunque había un millón de personas con ese nombre.

Esperamos varias horas y entonces salió el médico quitándose la ropa del quirófano de forma fatigada.

-Lo siento, pero su padre no ha salido de esta.- el médico hizo un intento de pésame y agachando la cabeza se fue alejando.

Alex se echó a llorar sin poder mirarme, supongo que no estaba orgulloso

de esa última misión y se sentía culpable por la muerte de mi padre.

Con la mirada perdida entré por la puerta del quirófano, necesitaba verle por última vez, necesitaba eso para poder actuar de ahí en adelante.

Habían limpiado la camilla y ya no había sangre. Sus ojos estaban cerrados, era como si hubiese caído en un sueño profundo, para toda la eternidad.

Me tumbé a su lado, le abracé y lloré durante al menos cinco minutos hasta que mis ojos decidieron secarse. Le di un último beso y me despedí. No había sentido más dolor que aquel en toda mi vida, y cada vez que lo recuerdo, es como volver a vivirlo. Algo en mí había cambiado, mi padre no volvería, la ira y la venganza estaban poco a poco inundando todo mi ser. Si la policía no encontraba al asesino de mi padre, yo misma lo haría.

Yo bien sabía que muchos criminales se libraban de la cárcel por falta de pruebas o por la incompetencia de la ley en este lugar. Por mucho que mi padre hiciese bien su trabajo no estaba en sus manos encerrar o dejar en libertad a alguien, eso lo decidía un juez.

Me despedí de Alex, le di las gracias por llorar a mi padre y por intentar consolarme. Él me miraba intrigado al no saber que podía llegar a hacer ahora que estaba sola en la vida. Le devolví una sonrisa fingida para que no se preocupase por mí.

Ahora tenía planes y no podía tener a nadie metiéndose en mi vida. Llegué a mi casa y me fui directa a la cama, sabía que no dormiría pero necesitaba desahogarme desconsoladamente, llorar hasta quedarme inconsciente.

Eran las siete de la mañana cuando me levanté, me duché y fui a comprar algunas cosas. En una tienda especializada en capas, de estas que ya no se encuentran en cualquier sitio, me compré una capa de un verde oscuro, con capucha y unos diez bolsillos por la parte interior. Me compré unos guantes negros de cuero lo bastante cómodos para coger cualquier cosa con ellos. Fui a una zapatería y me compré unas buenas botas con un poco de plataforma, negras y no demasiado brillantes. En casa tenía unos buenos vaqueros negros y un top de cuero ceñido con algo de escote, mi intención no era parecer un justiciero pero cuando me estaba mirando en el espejo es exactamente lo que parecía. Pero al fin y al cabo que más daba, solo quería ocultar en las sombras mi rostro, y la capa era perfecta. Necesitaba un antifaz, por muy estúpido que parezca, eso me ayudaría a ocultar mi identidad.

No pensaba ir a comprar uno, no conocía ninguna tienda que los tuviera, no sé cómo lo hacían en los comics de superhéroes, pero yo utilicé pintura

negra y me pinté alrededor de los ojos un antifaz.

Mi nuevo personaje estaba preparado, mi plan debía ejecutarse antes de que fuese más difícil encontrar a mi presa. Pero entonces llamaron a mi puerta, y yo con ese modelito. Me quité rápido toda la ropa y la guardé, fui a desmaquillarme, me puse un vestido que encontré por ahí y bajé a ver quién era.

Cuando abrí la puerta me encontré con quien menos esperaba ver.

-Airín... lo siento mucho. Aunque no vas a perdonarme he venido porque me he enterado de lo de tu padre, y en parte, me siento culpable, Anthony la está cagando...-dijo con la mirada perdida, agachando la cabeza avergonzada.

Me quedé mirando a la amiga que había perdido, la que me había ignorado durante meses y darme cuenta que me dejó por la persona que mató a mi padre me enfureció demasiado. Los dientes me chirriaban, mis puños deseaban golpearla hasta matarla, necesitaba sangre, quería que sufriera lo que yo había sufrido, pero recordé que ella no fue quien mató a mi padre, ella solo me abandonó cuando más la necesitaba, y me dejó por un amor "verdadero". Es patético como se arrastran las personas cuando se dan cuenta de la realidad.

-Ya no importa lo que hiciste, ese amor tuyo pagará por lo que ha hecho. Y ahora largo de mi casa, no quiero volverte a ver en la vida.- le dije lanzándole una mirada de odio y le cerré la puerta en la cara.

Sabía dónde vivía Anthony, esa noche me puse la ropa y la capa, me pinté el antifaz y me escondí el pelo recogido dentro de la capucha.

Me asomé a una de sus ventanas, pero todo estaba oscuro. Utilicé una horquilla para abrir la cerradura, cosas que me enseñó mi padre, ahora él debía de saber que no fue buena idea enseñarme aquello. Utilicé una linterna que llevaba en uno de los bolsillos de la capa, nadie en el salón, ni en la cocina, ni la habitación, ni el baño...

¿Dónde habría ido aquel mal nacido?

Entonces algo se iluminó en mi mente... ¡Chloe! Había ido a vengarse de ella por denunciarle. Corrí por las calles mojadas de la ciudad, aún llovía un poco pero no era nada que pudiese pararme. Esas botas hacían mis pasos más fuertes y pesados, como si llevaran toda mi carga sentimental.

Llegué a casa de Chloe fatigada, me paré un momento en una pared pegando la espalda en ella, intentando respirar, no podía presentarme allí si iba a morir ahogada. Me asomé a dos ventanas, una daba a la

habitación de Chloe y estaba apagada, pero las luces del salón y la entrada estaban iluminadas. Intenté mirar por aquella ventana pero veía solo mi reflejo. Atisbé una sombra amenazante que perseguía a otra. Fui corriendo hacia la puerta pero estaba cerrada. Usé la horquilla lo más rápido que pude pero no conseguía abrir la maldita puerta. Cogí una piedra y me fui hacia la ventana del salón, le di contra el cristal y se rompió en pedazos. Me adentré en la casa y en ese instante vi como un cuchillo atravesaba el estómago de Chloe. ¡No, no, no! Corrí hacia ella, sus ojos se estaban cerrando y me miraban apagados, sonrió y se desmayó. No le quedaba mucho tiempo. Miré hacia arriba y estaba Anthony con una sonrisa macabra.

-¿Y tú quién coño eres?- me miró sin saber muy bien que hacer.

-¡Soy tu karma!, tú robas vidas, así que yo te robaré la tuya.- Le dije con voz ronca, mientras me levantaba y mis ojos se encontraban con los suyos. Era una persona horrible, tanto por dentro como por fuera. Sus ojos pequeños y marrones me miraban amenazantes, sus labios estaban apretados en una fina línea y su entrecejo fruncido delataba que estaba fastidiado.

Le sonreí de forma psicótica, ya no tenía nada que perder, dejé que mi furia y mi rencor saliesen como una horda de oscuridad demasiado poderosa como para que se descontrolase.

Sin que se diese cuenta a tiempo, mi pie forrado de mi fuerte bota estaba entre sus piernas propinándole un dolor en sus partes. Se puso de rodillas y gritó. Le di otra patada con la otra pierna en la cara que hizo que se cayese al suelo. Le puse mi pie en el cuello y le dije:

-Si te lo hubieses pensado mejor ahora no estarías en esta situación, ¿tu mami nunca te dijo que pegar a las mujeres está mal? ¿Nunca te dijo que no tienes derecho a robarle la vida a alguien inocente?

-¿Y a ti no te dijo tu papi que perdonar es de humanos? La venganza no lleva a nada, y tomarse la justicia por tus propias manos no soluciona nada.

-Mi venganza solucionará que no vuelvas a matar ni a maltratar a nadie más. ¿No conoces la frase 'el fin justifica los medios'?- le sonreí falsamente y le di un puñetazo en la nariz.- bien sabes que la justicia no siempre da la cara, y si yo tengo que acabar con las personas como tú, lo haré.

Anthony jadeó por el dolor de nariz y la sangre que salía de ella. Le pisé en el estómago con fuerza y en el costado le propiné dos patadas. Saqué de uno de los bolsillos de mi capa una daga con punta afilada y filo dentado que me había regalado mi madre antes de morir cuando tenía 12

años.

-¿Vas a matarme con algo así?- quiso reír hasta el último momento, puede que fuese de estas personas que no confiaban en el poder de una mujer cuando buscaba venganza.

-Comprobémoslo, tengo que salvar a mi amiga, y tú no vas a robarme más minutos de mi tiempo- desenvainé la daga y puse la punta en su pecho- que tu alma deambule por el infierno.- mis ojos se abrieron mucho y se oscurecieron un poco, mi corazón estaba desbocado, notaba mi cuerpo ardiendo, y mi sed de sangre salió. Le clavé la daga con todas mis fuerzas en el corazón. Sus ojos reflejaban dolor y su rostro quedó paralizado, hasta que dejó de existir en unos instantes. Saqué la daga y la sangre me salpicó en la cara. La limpié con un pañuelo, y me guardé las dos cosas en la capa. Fui rápido hasta Chloe para comprobar si aún respiraba, lentamente, y poco, tenía que actuar rápido, pero entonces escuché como el pomo de la puerta se abría, la miré y salí corriendo por la ventana sin hacer ruido y sin dejar rastro de mi presencia. Me escondí hasta poder escuchar como los padres de Chloe llamaban a urgencias, y por fin pude irme.

Me quité toda la ropa, limpié la daga con lejía a pesar de haber usado guantes y me di una ducha larga. Mi mente estaba despejada y relajada, nadie encontraría las pruebas. Metí todo lo necesario en una maleta, y la ropa que había usado esa noche la puse en una bolsa. Cogí el coche de mi padre y me pasé por casa de Alex. Quería parecer normal, asegurarme de que creían que tenía una coartada, y también quería despedirme de él.

-Me voy a pasar unas largas vacaciones en Las Bahamas, esta tarde recibí un e-mail de unos biólogos que se han maravillados con mi último proyecto de la universidad, me han ofrecido un puesto con ellos para unas investigaciones y dicen que les encantaría poder contar con alguien brillante como yo.- Le sonreí y le di un abrazo.- Y no te preocupes por mí, soy fuerte, es lo que mi padre querría. Le di las llaves de mi casa para que la pusiera en alquiler y así recibir algo de dinero en lo que ganaba mi primer sueldo.

La verdad es que no era mentira, había tenido suerte con ese e-mail, no a cualquiera le ofrecen aquella oportunidad. Y era mi escapada perfecta. Podría darle una vuelta a mi vida, salir del agujero en el que me había metido, sin mi padre mi vida allí no tenía sentido y después de lo que había hecho menos aún.

Viajé con el coche hasta el próximo aeropuerto, pero antes hice una parada en un bosque alejado de la carretera, hice una hoguera como las que mi padre y yo hacíamos cuando íbamos de acampada, y allí quemé la ropa que había utilizado para asesinar a Anthony, incluido las botas, los guantes y la capa. Busqué la daga para enterrarla en un lugar seguro pero

en su lugar me encontré una nota de Alex que decía *'No te preocupes, tu daga está bien escondida, has sido tan valiente como esperaba, gracias por hacer justicia, ahora vive y olvida el pasado, te quiere, tu casi tío Alex'*. Sonreí y eché la carta al fuego.

Cuando todo ardió y se desvaneció me aseguré de que no quedaba ningún resto, estaba a tres horas de mi ciudad, y dudo mucho que buscaran pruebas en ese bosque.

Tres meses después me llegó otra carta de Alex a mi nueva casa en las Bahamas.

'Chloe ha despertado del coma, se encuentra bien, su vida seguirá adelante'

Saludos, tu tío Alex.

Sonreí y la guardé con las otras dos que me había mandado los meses anteriores. Desayuné tortitas con dulce de leche y cogí el coche de mi padre para encontrarme con mis compañeros del trabajo en el puerto de Nassau.

Tocaba otro día de aventuras como bióloga.